

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DISCURSO DE APERTURA

Curso de 1941-1942

SOBRE LA VOCACIÓN MÉDICA

POR

RICARDO ROYO-VILLANOVA Y MORALES

CATEDRÁTICO DE MEDICINA DE LA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



TALLERES TIPOGRÁFICOS
"CUESTA"
MACÍAS PICAVEA, 20
1941



DISCURSO

LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID
EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE

1941-1942

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DISCURSO DE APERTURA

Curso de 1941-1942

SOBRE LA
VOCACIÓN MÉDICA.

POR

RICARDO ROYO-VILLANOVA Y MORALES

CATEDRÁTICO DE MEDICINA DE LA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



TALLERES TIPOGRÁFICOS

"CUESTA"

MACÍAS PICAVEA, 20

1941

NIHIL OBSTAT:

Dr. Gregorio Alastruey Sánchez

Censor

Valladolid, 20 de agosto de 1941.

IMPRIMATUR

Dr. Francisco Gómez

Vicario General

Lo decretó y firma S. S.^a Il^{ta}.,
de que certifico.

Dr. Alejandro Jiménez

Vice-Secretario

Excelentísimo Señor Rector:

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores:

Señoras y Señores:

El hombre desde que nace, empieza a sufrir; las alteraciones más o menos graves de la salud, nos las impuso Dios, después del pecado de Adán; sin este hecho, no las hubiera habido. Pero a partir de aquella ocasión estamos expuestos a todo género de violencias, y es providencia de Dios, que el ser humano, padezca, sufra, y al fin muera de enfermedades. La patología es patrimonio universal de la humanidad caída. Por el pecado original, perdimos juntamente con la fuerza espiritual, la fuerza corporal que se nos había dado; desde aquella precipitación, con el error y las tinieblas, nacen en nosotros las desviaciones morbosas y el dolor. Si la suprema transgresión no nos hizo propiamente enfermos, nos hizo al menos débiles, enfermizos, porque desde aquel día estamos sujetos, inclinados o dispuestos a toda clase de enfermedades. El hombre desde que nace, empieza a sufrir, por efecto del pecado en que todos somos concebidos.

Ya de chiquitín, se gusta por primera vez, el consuelo, el cariño, la caricia, el regalo, contra los primeros daños que sufrimos al enfrentarnos con el medio ambiente. Es porque hace cara al mundo a donde viene, por lo que llora el niño cuando sale del mundo del vientre de su madre. Se oyen después las primeras canciones de cuna

que son a menudo las canciones del nene enfermo. Enfermo el niño en los primeros años, el recuerdo de sus sufrimientos y de quien le curó, es posible que permanezca refrenado en su conciencia, más o menos tiempo, hasta que con el correr de los años se liberen dichas reminiscencias, surgiendo entonces imperativa la vocación reprimida. Tal vez a estos recuerdos de la más tierna infancia, estén ligadas las primeras inclinaciones al oficio de algunos médicos, que nacieron, por decirlo así, con una especie de ingénita inclinación a la medicina.

Se citan casos de párvulos que habiendo expresado su decisión, a los cinco, seis, siete años de edad, nunca titubearon, manteniendo la precoz dirección de una manera invencible. Tal sucedió en ciertos galenos, que sin vocación aparente, y aun sin afición alguna conocida, súbitamente se sintieron con aptitudes para estos trabajos, inclinándose definitivamente a ellos de manera tenaz y rectilínea, dando después pruebas acabadas de su inspiración. Esta es también la génesis vocacional de algunos grandes genios y talentos, que con aspiraciones recónditas, desconocidas, por secretos movimientos, por misteriosas disposiciones del corazón, floraron poco menos que instantáneamente a nuestra ciencia, como si una fuerza oculta impeliera o moviera su voluntad, llevándola a este oficio, para constituir en él faros luminosos.

Apenas en uso de razón, el chico no oye hablar más que de enfermos y enfermedades, de medicinas y de médicos. En la vida íntima del hogar, pronto advierte la gran importancia que tiene el doctor. Todos están pendientes de sus palabras. La visita del galeno es el acontecimiento más importante de todos los días. Cuando alguno de la familia está enfermo, observa que es casi el amo de la casa, hacia quien converge la atención de todos, de quien se habla continuamente; sólo oye pronunciar su

nombre; en sus juegos le gusta hacer de médico. Y todo esto se grava profundamente en su blanda imaginación.

Mas tarde, durante su primera etapa escolar es el médico que le asiste en sus enfermedades, quien principalmente le dispensará de la asistencia al colegio, y quien prescribiéndole largas convalecencias, habrá de proporcionarle pingües vacaciones.

Años adelante, viene la afición a la lectura de cuentos y novelas. En casi todos ellos, aparece la figura de un médico, que unas veces es el personaje misterioso, otras, el más simpático, y casi siempre, el que desempeña el principal papel, a cuyo cargo corren las más extrañas aventuras, las más heroicas abnegaciones, los más sublimes sacrificios. Le envidia y le admira. Vibra su alma entera ante la noble ilusión de encarnar en sí el héroe de sus lecturas, y sueña con la carrera de médico, y se cree convertido en el protagonista de sus propios sueños, buscando las aventuras que leyera en cuentos y novelas, las cuales avivaron el calor de su generosa fantasía. No hay folletín que pueda igualar en emoción e interés, a la vida de un médico que ha dedicado la mayor parte de su existencia al ejercicio profesional de la medicina, la ciencia de la salud y de las enfermedades, de la vida y de la muerte. Luego, al llegar la edad de la vida universitaria, una simpatía irresistible le lleva a la Facultad de medicina, donde están los estudiantes por antonomasia, los más espontáneos, los más vehementes y audaces, aquellos que en los años precursores del glorioso Alzamiento Nacional, cuando la juventud escolar saltó a la calle brincándose las aulas, fueron siempre los primeros y a menudo los directores y protagonistas; los estudiantes de medicina, cuentan con más héroes y mártires, aun proporcionalmente, que ningún otro grupo escolar.

En fin, que apenas si hay alguien que en alguno de

estos primeros años, no haya querido ser médico. ¿Cuáles son los motivos genuinos que en estas edades ha suscitado tal determinación? Frecuentemente estas inclinaciones son apariencias inocentes, no son más que balbucesos que no aciertan a decir ni a dar a entender la verdadera orientación. Los niños, los adolescentes, sólo se gobiernan de ordinario, por los ojos y por los oídos, y es difícil persuadirles en contra de estos sentidos que frecuentemente son tan falaces. Por regla general, la ciega predilección que se siente, la resolución que se toma a estas frescas edades, no es más que una pasajera, inconstante propensión, sujeta a la mudanza y arrepentimiento frecuentes, a la caducidad en breve plazo.

El niño tiende a la carrera de medicina, por las mismas razones que tiende hacia los juguetes; porque en esos años existe un marcado predominio de las facultades sensitivas; porque lo propio y acomodado a esa edad es la imaginación, la fantasía, la imitación y los niños lo mismo en sus vigiliás que en sus sueños divagan fácilmente, mezclando realidades con ficciones, de tal forma, que ya no es posible distinguirlas ni separarlas. Los sentidos se aturden, no hay serenidad de juicio ni robustez de carácter, y como elige la carrera militar o la de aviador o la de marino, por lo bonito del uniforme u otros adornos que le ofuscan, así elige la carrera de médico, porque su uniforme espiritual es el más seductor. A esos años son tantas las cosas brillantes que se ven y deslumbran, que cuando se cree que las manos aprietan algo, pronto se ve que ese algo es bien deleznable, que burla y engaña, y cuando se las va a echar a alguna cosa, no se toca nada, ni se topa con el brillo verdadero, que está confundido con tantos falsos y aparentes.

Pero no olvidemos, que lo que hacen los niños como por juego puede ser más serio y tener más alcance de lo

que parece. La puericia, muestra a veces intuiciones que escapan a los hombres encanecidos. Hay momentos en que la niñez aparece más iluminada que toda la sabiduría humana en la perfección de la más experimentada ancianidad. Como dijo el poeta alemán: «La sencillez infantil hace evidente lo que el sabio no presiente».

A estos impulsos de los tiernos años siguen otros motivos más personales y jugosos, como son el deseo de aliviar los males ajenos y el afán de gloria, que ya influyen de una manera más viva y directa en el corazón y los entendimientos juveniles.

En cuanto al motivo sentimental de consolar a los que sufren, la forma más sublime y práctica del amor a los semejantes, seguramente que ello constituye uno de los más poderosos motores que impulsan al médico al ejercicio profesional, y le guían y le orientan, ya que la caridad, hermana mayor y reina de todas las virtudes es inseparable de la función médica. Pero el deseo de curar, y aun el ansia de aliviar, están muy lejos de determinarse en la mayoría de los casos. Son muchas las veces, que los médicos fracasan en sus nobles esfuerzos ante el poder invencible de las enfermedades y la muerte. «No sólo la profesión no les proporciona con frecuencia la alegría de curar, sino que por el contrario, les obliga a vivir presenciando impotentes las manifestaciones del dolor humano, y sintiendo en el corazón la más terrible de las angustias».

En lo que toca al afán de gloria, tampoco constituye en sí un auténtico impulso de vocación, sino solamente una iniciación exageradamente sugestiva, ilusoriamente observada, que ha hipertrofiado los puntos de vista individuales y que a menudo produce un amargo desencanto, al ver que las cosas no suceden del modo y manera que se habían pensado. No obstante, aun cuando ya muy desacreditados los motivos externos de gloria y honor,

los trampantojos de la vanidad, continúan estimulando a buena parte de nuestra juventud a la búsqueda del título profesional. Quiere el espaldarazo de un título universitario, y cae ahora sobre el de médico, como antes caía sobre el de abogado, sin advertir, que ni el sabio ni el genio necesitan para nada ningún diploma oficial. Ni Edison, ni Marconi, ni otros muchos, necesitaron de sonoros títulos académicos para deslumbrar al mundo con su genio y enriquecer la ciencia con sus descubrimientos. Es indudable, que se puede ser un sabio sin haber pasado por la Universidad, como se puede ser un ignorante, y estar atiborrado de títulos de cultura superior.

Pero de nada sirven estos ejemplos y consideraciones. La mocedad, persiste orientando sus aptitudes por la senda de las vanidades tituladas y de las apariencias brillantes. La medicina sigue gozando de predilección en la juventud española, y los bachilleres continúan viniendo a nuestra profesión, sin pensar que llegará un día en que sentirán profundamente la tremenda verdad de las palabras del rey sabio. Toda esa superficial e imaginaria felicidad, es falsa y de corta duración, las dignidades, los empleos, los honores, todo se nos huye, se nos desvanece, se exhala como humo ligero; todo se nos representa algún día como un sueño. Y así sucede, que cuando el móvil que determina la elección de carrera, es el simple deseo o la pasión de gloria, la vanidad escueta, ha faltado la madurez al acto decidido, la volición se ha hecho de manera superficial, y es, por lo que al tocarse la realidad de las cosas, al desvanecerse, al trastornarse, al arruinarse todo, por el más leve accidente, y al huir la gloria, la fama, los honores, que siempre pasan y que pocas veces se prodigan, muchos creen haber fracasado.

* * *

A las razones personales, se suman las de la familia, que suelen ser las más decisivas, ya que cuando llega el momento de la elección de oficio, en la casi totalidad de los adolescentes, no está aún suficientemente desarrollada la verdadera vocación competente, y suelen faltar los motivos más razonables, espirituales y perfectos.

En infinitas familias españolas, dura la rutina de considerar como señal de gran distinción, el contar en su seno con el mayor número posible de licenciados y doctores. Hay que poseer un título universitario; hay que ser médico, abogado, licenciado en letras, en ciencias, para opositar o concursar a los servicios del Estado, la Provincia o el Municipio. Además, tal vez haga un matrimonio ventajoso, con lo cual, ya que no por su ciencia y paciencia, pueda alcanzar las más altas y brillantes situaciones sociales y políticas.

«Comerciantes, industriales, agricultores modestos, que penosamente ahorraron algún capital y aun alguna fortuna, no quieren que sus hijos les sucedan en tan ingratos menesteres. Recuerdan —y exageran— las dificultades que tuvieron que vencer para abrirse paso en la lucha por la vida, y no quieren que sus hijos experimenten iguales o parecidas contrariedades. Desean elevarles en categoría social, verles en una posición más distinguida. Para esto, el consejo familiar opta sin titubeos por la carrera universitaria, pues es el mejor camino para llegar al presupuesto, para asegurarse la garantía de un sueldo progresivo en la escala tranquila y ascendente de un escalafón».

El amor paternal ciega y hace creer a muchos que sus hijos son genios capaces de aprenderlo todo y distinguirse en cualquiera y aun en todas las actividades del humano

saber. No comprenden que pueda ser más honroso que sean industriales, agricultores, comerciantes como ellos, que no vagos de profesión o aspirantes al modesto destino de favor, o que se vean obligados a arrastrar una vida llena de privaciones y estrecheces, o vayan a morir de hambre, que es a lo que conduce con alguna frecuencia el adorno de un diploma universitario.

En otros países, son muchas las familias de la clase media, que encontrándose en desahogada posición económica para poder dar a sus hijos una carrera universitaria, prefieren dedicarles a un oficio manual. De esta manera, consiguen hacerles hombres mucho antes que en la Universidad, enfrentándoles en seguida con la vida, con más seguridad en sí mismos, haciendo que en la primera juventud, rindan ya algún fruto a la sociedad y que contribuyan al sostenimiento de la familia; no puede negarse, que esto constituye un valioso medio de educación. Además, se fomenta en el muchacho una mayor afición al trabajo que al estudio, y siempre es preferible hacer del hombre un buen trabajador que un mal estudiante.

Dada la actual organización de nuestros Establecimientos de enseñanza, el que abraza una profesión universitaria, no puede bastarse a sí mismo, hasta cumplidos los veintiocho o veintinueve años. En primer lugar ha de sufrir siete cursos de Enseñanza media, que no puede comenzar antes de cumplir los diez de edad, con lo cual al alcanzar el bachillerato tiene ya diez y ocho. Entonces empieza la carrera, que termina hacia los veinticinco. Luego ha de preparar unas oposiciones, y necesita dos años por lo menos, para estar en condiciones de ganarlas. Total, que cuando puede vivir de su título universitario, está ya muy cerca de los treinta años.

Hay que convencer a las familias españolas, que el obrero especializado que conoce perfectamente su oficio,

tiene un porvenir más fácil y mejor, y sobre todo más próximo, que el hombre de carrera. Hora es ya de que no sea desdoro presentarse como obrero en cualquier parte. Cada cual debe dedicarse a lo que su afición y capacidad le lleve. No sirve llenar de gente las Universidades, si luego lo que aprenden no ha de servirles para nada. La cultura nunca está demás, pero lo que se debe aprender en cada profesión u oficio, es muy distinto.

Sin embargo, los títulos universitarios continúan ejerciendo gran atracción. La familia discute el valor social y económico de las profesiones en boga; si ésta es la mejor, si en aquélla se gana más, si la otra es la más brillante. Ciertamente Dios impone a los hijos la obligación de mirar con respeto las paternas insinuaciones en orden a la elección de carrera. Pero las familias abusan de esta prerrogativa, y determinan cuál es la profesión que el joven ha de seguir, sin tener en cuenta sus verdaderas disposiciones, sin que el interesado tome parte en las deliberaciones, como si en esa elección no se ventilara un porvenir fundamental de su vida. «Quien más, quien menos, ha sufrido hacia el quinto y sexto del bachillerato, el drama lento, sordo, continuo, entre la vida joven que quiere encontrar su propio camino, y el prejuicio familiar que se esfuerza por contrariar su vocación» (E. Montes).

Para nada se atiende el verdadero interés del joven. Sólo se mira la predilección de los padres y el interés de la familia. Es corriente en aquéllos, resistirse a favorecer las vocaciones filosóficas de sus hijos; raramente desean que sean sabios, hombres auténticamente cultos; lo que suelen querer es que sean «hombres de provecho», que ganen mucho, mucho dinero, todo el dinero posible. No importa que no tengan tal vocación, sus padres la tienen por ellos. Tampoco importa que tengan verdadera aptitud, sino la ganancia, como sea, que ésta lo suplirá

todo. No hacen al caso los talentos, ni la moral, ni la educación, lo que interesa es la habilidad, el interés, el favor para conseguir beneficios.

De esta suerte, los padres que hasta no hace mucho daban su preferencia a la abogacía, ahora y desde hace algún tiempo, se deciden por la medicina, seducidos por el escaparate de petulancias de algunos galenos; por la elevación del puesto que ocupan, por la dignidad del empleo que ejercen, por la abundancia de bienes que alcanzan. La medicina es considerada como profesión de abundantes ganancias, sin más argumentos que el de la ostentosa vida de algunos facultativos, y el socorrido pretexto de que siempre hay enfermos. No ven en aquéllos más que el brillo de su nombre, su fortuna, su fama, su reputación, la magnificencia de sus equipajes, el esplendor de sus mesas, el lustre de su fausto, sus muchas riquezas, su gran reputación. No importa que el hijo no tenga condiciones adecuadas, las rentas de una ocupación que consideran pingüe, lo suplen todo. Ningún padre puede estar seguro de dar a su hijo un empleo para todos los años de su vida, salvo que ese empleo sea el de médico. Mientras el mundo exista, cualquiera que sea su destino, enfermos nunca han de faltar, siempre habrá quien quiera vivir y quien no quiera morir.

Los genitores sólo quieren para sus hijos ventajas económicas. No ven más que su amor a los placeres, su pompa, sus conveniencias opulentas, e inoculan en los tiernos corazones la semilla del afán de lucro, provocando en ellos ilusorias ambiciones crematísticas. Indudablemente que no se pueden cerrar los ojos a las condiciones económicas del medio en que se vive, ya que la medida del lucro es por lo común el motivo del trabajo Dios no nos exige que despreciemos los bienes terrenos, pues obra suya son y para nosotros los ha creado. Dios no

nos demanda que combatamos la fama y el dinero; sólo quiere que no apliquemos ni pongamos el corazón en estas cosas, que apartemos el afecto de las riquezas, y que nos hagamos pobres de espíritu. Dios quiere que el rico sea señor de su riqueza; es el diablo quien quiere que las riquezas sean señoras del rico. A Dios no le desagrada que nos sirvamos debidamente de ellas, pero nos prohíbe caramente que las adoremos. Dios nos manda que las usemos bien, pero le desagrada que nos tengan cautivos. Los beneficios temporales en sí mismos no son malos, es su abuso lo que estorba. Por tanto no nos fiemos de las riquezas y temamos más de ellas que por ellas. En este sentido con razón dijo Cristo: «Que es más fácil entrar un camello por el agujero de una aguja que un rico en el cielo».

Ciertamente que no sólo de pan vive el hombre; pero sin aquél, el alma que vive en el cuerpo con unidad de persona no se podría nutrir con las otras cosas más preciosas que las del diario sustento. El cuerpo para poder mantener el espíritu, necesita todos los días de lo que se da por el dinero. En la oración del Padre-nuestro, que es la única que nos aconsejó el mismo Jesús, Cristo no nos enseñó más que a pedir el sustento ordinario, diciendo que pidiésemos el pan de todos los días, no los extraordinarios de las riquezas y vanidades. Salomón rogaba a Dios en sus proverbios: «No me desmendiguez ni riquezas, dame solamente lo necesario para mi sustento». Y cuando nosotros rezamos: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy», tampoco pedimos riquezas, estorbo pernicioso, sino aquel tanto que nos permita vivir para hacernos más dignos de la eterna vida prometida.

De aquí que sea lícito satisfacer tales deseos, mientras resulten moderados y la intención sea honesta. Nadie niega la necesidad que tiene el médico de ganar dinero,

pero es absurdo considerar esto como el fin de la medicina profesional. En las actuaciones peculiares del oficio, no puede ni debe perseguir el gáleno un fin exclusivamente monetario. Cuando así se hace, nuestros conocimientos no merecen el nombre ni de ciencia ni de arte. Si se persiguen tales fines, el ejercicio profesional se desvía de los buenos caminos para entrar por derroteros opuestos a la verdadera sabiduría y a la verdadera habilidad.

Bien está, pues, un discreto afán de lucro, pero a condición de moderar los placeres, de mortificar las pasiones, de hacerse uno a sí mismo continua violencia, no colocando la razón en los tesoros y poniendo límites a la codicia para no hacer del dinero el nervio de la vida. Dice el libro de la Sabiduría: «Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. El que fué probado en el oro y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna» (c. 31). En fin, que aun cuando el cuerpo esté en las riquezas, el corazón no ha de colocarse en ellas.

Mas lo corriente, es, que tal afán tenga el grave defecto de la avidez, rayando a menudo en la avaricia, en la sed de ganancias fáciles, ya que la autoridad paterna sigue viendo en la medicina el camino recto y breve de la fortuna brillante, de los empleos sobresalientes, de la abundancia de caudales, de la casa suntuosa, del piso lujoso, del automóvil charolado, de las joyas deslumbrantes, de los viajes frecuentes, de los placeres sin tasa, de todas las prosperidades en una palabra. Y el esplendor de estas vidas, llenas de lustre y aparato, lisonjea a la ambición y su opulencia a la codicia, siendo aún bastantes, los que vienen a nosotros con la atención más en las rentas que en la elevada misión del oficio.

En suma, para la mayoría de los padres, la carrera de médico es la carrera del presente y del porvenir, la

que más y mejor proporciona dinero, adornos, placeres, delicias, diversiones, fiestas, prosperidad, suntuosidad, magnificencia, abundancia, éxito, poder, que es lo único que los padres quieren para sus hijos. Ser médico es serlo todo y gozar de todo. La medicina «es el oficio que puede aportar a un hombre el mayor lucimiento social, la mayor influencia política y literaria, el mayor mimo y regalo de las gentes, y por añadidura la mayor suma de dinero, los más brillantes honores, todo en una palabra. Se puede ganar mucho dinero siendo comerciante, pero la persona que sólo posee dinero, necesita estar siempre poniendo por delante eso, su dinero, para que la gente le respete y le envidie. Mientras que un médico que acierte a montar con fortuna su gabinete, surge en seguida su reputación de sabio y su fama de servir para todo, incluso para hacer filosofía y escribir sonetos; y ése ya no tiene que envidiar nada a nadie, porque el público se apresurará a abrumarle con su estimación y con sus caudales».

Pero nada de esto es capaz de hacer verdaderamente feliz y dichoso al médico. «Todas esas plantas sólo producen unas flores por la mañana muy lozanas, pero que a breves horas se marchitan; y si dan algún fruto, ¡qué raro es que no sea muy amargo y de poca duración!». Todo eso no es más que vanidad de vanidades y en todo ello abundan los falsos conceptos que de la medicina y de los médicos todavía tienen las familias españolas.

La idea del lucro es la más extendida, sus hechizos y atractivos, son tan fuertes y poderosos, que es difícil, muy difícil, encontrar gentes que estén exentas de la pasión del dinero, ya que la flaqueza más común es la gran pasión de adquirir bienes. Y así, la ambición, el interés, la codicia, llenan la medicina de intrusos, que profanan el carácter que debe tener esta facultad, corriendo jadeantes tras el vil metal, pisoteando a los demás y

pisoteándose a sí mismos en la lucha por él. «Los que quieren enriquecerse —dice San Pablo en su primera epístola a Timoteo— caen en la tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que sumergen a los hombres en la muerte y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es la avaricia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe y se anegaron en muchos dolores».

Se comprende fácilmente, cómo tan groseros afanes, no deben ser estimulante que tuerzan la conciencia hacia esta austera ocupación, en la cual se ha de procurar brillar, más por la luz de los propios merecimientos, que por el resplandor de los tesoros.

Quien acuciado de tales deseos ingresa en nuestra Facultad, buscando sólo deleites, satisfacción, hartura, sin más puntería que la puesta en una situación dorada, fácilmente caerá en tentación, y es presumible que elabora ya en su mente groseros mercantilismos con que medrar y saciar su sed de oro, haciendo baja industria y vil comercio de la ciencia y del arte, y bordeando a menudo los linderos del Código penal. El médico avaro, no puede ser un buen médico, pues la avaricia cierra la puerta a todos los sentimientos de humanidad, desnaturalizando al médico, y en cierto modo, privándole de su ser.

A la cabecera y a los pies del lecho del enfermo, ante el cuerpo que sufre y ante el dolor que gime, toda obsesión de dinero desaparece para quien ha hecho de esta carrera un apostolado. Es precisamente este sentimiento lo que constituye la mayor belleza y la mejor nobleza de nuestra función. Al médico que sólo ame el dinero poca impresión puede hacerle la miseria ajena. No olvidemos las palabras del Evangelio: «Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mat., 6).

Además, que el dinero, por sí solo, no da ni el entendimiento ni la **habilidad** que son necesarios para ejercer la profesión, y sin los **cuales** se cometen en ella infinidad de desaciertos.

En cuanto a considerar la medicina como una de las actividades más lucrativas, quizá para algunos, cada vez menos, lo será, pero para la mayoría no. «El gran Capitán se hizo famoso, tanto por sus batallas, como por sus cuentas, y ciertos doctores tienen también tanta fama por sus cuentas, como por sus éxitos profesionales». Sin duda que aún hay médicos que disfrutan ostentosamente de cuantiosa fortuna; pero aparte casos excepcionales, y cada día más, la verdad, es, que para la mayor parte, la tarea es difícil, dura, y la retribución exigua, miserable, viéndose obligados a arrastrar una vida llena de trabajos, privaciones y estrecheces. De todos modos, un estudiante de medicina, no puede, de ordinario, tener la esperanza de llegar a la fortuna, como aquellos de sus camaradas que se preparan para una carrera industrial o comercial.

Los que servilmente esclavizados por el interés, hambrientos de dinero, insaciables de codicia y ambición, vienen a esta carrera para ganar más y más, pronto se sentirán defraudados. Los motivos señalados no son verdadera vocación. Los idólatras que corren con frenesí tras el fantasma del oro, y ponen su esperanza en los tesoros inanes del dinero, se fatigan en vano bajo esta tiranía, y no ganan otra cosa que inquietudes, angustias, disgustos, remordimientos. No puede considerarse la medicina como base de enriquecimiento. Raramente procura a los que la ejercen una situación material envidiable. Muchos de los que la logran, es porque no pusieron en su ejercicio todo el fuego y el sacerdocio de tan elevado ministerio, y se dejaron arrastrar por caminos en los que el mercantilismo puso su principal labor. Lo corriente, es,

que nos brinde, y no siempre, los halagos de una vida relativamente cómoda, un pasable vivir, eso que llaman vegetar, y que sólo responde a las diarias necesidades, sin que para el porvenir, casi siempre oscuro, se cuente con la satisfacción de dejar asegurados los días de aquellos que de él dependen, cuando la enfermedad, los años o la muerte, le alejen de las rudas tareas cotidianas. La verdadera miseria no es rara entre los médicos y sus familias.

En los muros de nuestras Facultades de medicina deberían grabarse estas palabras de un viejo maestro, que al felicitar a un grupo de estudiantes por haberse iniciado en la carrera de médico les decía con dejo de amarga desilusión: «Os sentís felices, porque vais a estudiar para médicos. ¡Ojalá, vuestros entusiasmos os duren más allá de la vida estudiantil! Después, ya palparéis la realidad de nuestra profesión, al ver que trabajando intensa y honradamente, apenas tendréis para vivir, confortablemente hoy, medianamente mañana, y nada pasado, si os detenéis, aunque sólo sea un instante para descansar de tantas fatigas».

* * *

Por último, a los factores personales y familiares que hasta ahora llevamos expuestos, podemos agregar el de la moda de que aún gozan los estudios médicos. Cada época ha tenido su oficio. En las rudas y caballerescas de los evos heroicos, no existe otra profesión honorable que la de guerrero. En los momentos críticos de la religión, el sacerdocio seduce a los ingenios y talentos más preclaros. En el siglo xvii, las inteligencias más cultivadas se orientan hacia las disciplinas jurídicas. En el trascurso de casi todo el siglo xix, las ciencias físicas y químicas, con sus insospechados progresos, arrastran a la mayoría de los estudiosos. En lo que llevamos del xx,

los portentosos descubrimientos de las ciencias médicas absorben la mayor parte de los estudiantes.

Es un hecho observado en diversas ocasiones, que al agitarse en el campo científico de la medicina, nuevas cuestiones de grande y vital importancia, ha aumentado como obligado reflejo el número de los nuevos iniciados en estos estudios. A raíz de los geniales descubrimientos de Pasteur, cuando las teorías microbianas y las experiencias de laboratorio de ellas derivadas, vinieron a rasgar tantos velos tupidos que encubrían misterios impenetrables hasta entonces, se inició un nuevo despertar de vocaciones médicas. Por aquel tiempo, las aulas de las Facultades de medicina se vieron congestionadas por gran número de estudiantes, atraídos y aun cegados por la intensa luz que la flamante bacteriología difundía en todo el mundo. Del mismo modo, el hallazgo de los Rayos X, los grandes descubrimientos terapéuticos, la invención de tantos remedios, los positivos triunfos de la cirugía, los altos vuelos de la patología, el nacimiento de tantas y tantas nuevas especialidades, han sido igualmente estímulos poderosos para fomentar las inclinaciones hacia los estudios médicos.

Y ahora, con la creciente importancia social, legal y política de la medicina, estamos en tiempos en que ser médico es serlo todo. Su prestigio es tal, que ninguna otra autoridad profesional iguala a la suya. Como dijo Salaverría, con cierto humor: «El médico ha vencido a todos sus posibles contrincantes, incluso al ingeniero, al abogado. Y esto puede observarse en un salón, o en cualquier otro sitio donde se reúna mucha gente distinguida. Decir ingeniero, ya no quiere decir nada, y decir abogado, menos aún. Pero en cambio, todos volverán los ojos con admiración, hacia el doctor que pasa, el galeno famoso, el médico de moda, que gana sumas

fabulosas y que sabe de todo más que nadie». Jamás en toda la Historia Universal tuvo el médico, como tipo humano y como oficio, un poder social semejante a este que ahora tiene.

Realmente los cambios de la moda, no tienen en sí, nada de malo, ya que como dice Pío XII, fluyen espontáneamente de la convivencia humana, según el impulso que inclina a encontrarse en armonía con los semejantes y con la práctica usada por las personas entre las cuales se vive. Dios no nos pide que vivamos fuera de nuestro tiempo o de nuestro ambiente. Pero hay un límite que ninguna moda puede traspasar: aquel fuera del cual el uso en boga, se hace principio de ruina, fuente de peligros para el alma propia y las de los demás. La moda, no puede ser nunca, regla suprema de conducta y orientación, pues sobre sus dictados y exigencias hay leyes más altas e imperiosas, principios superiores e inmutables, que en ningún momento pueden sacrificarse en aras de la fugaz omnipotencia de la moda.

Desconfiemos por tanto de las vocaciones improvisadas debidas a estas sugerencias. La moda degenera fácilmente en el abuso y todos los abusos son superficiales o encubren una gran ignorancia. Esta moda, como todas, ha de empezar a descaecer, y desaparecerá como tal sin haberse llegado a afirmar en el sentido de su finalidad práctica. Y ya médicos, se llora la fugacidad, y se palpa la vanidad de las cosas. Qué dolor, qué sentimiento, qué amarga desilusión, al ver que la carrera seguida no es más que un continuo extravío, al comprobar que la inclinación a estos estudios, era tan artificiosa, como superficial, frívola y petulante la moda que la produjo, al descubrir que aquella tendencia era error, mentira, vanidad, y que la decisión no fué bien meditada.

* * *

Nada de lo dicho hasta ahora es genuina vocación. Ni los motivos fútiles de la infancia, ni los tanteos del aprendizaje, ni el sentimentalismo exterior, ni el deseo de notoriedad, ni el afán de gloria y vanidades, ni las ambiciones de fortuna, ni las instigaciones de la moda, son impulsos sólidos y estables que puedan representar motivos suficientes para embarcarse en la carrera de médico. Estos esplendores son aparentes y artificiales, y el engaño, la ruindad, la pobreza, en todos los órdenes, siguen muy inmediatamente a tan hueros incentivos. Se puede gozar gran nombre, gran equipaje, grandes rentas, gran posición, pero nada de esto da la verdadera grandeza.

Todo eso no es más que espejismo. Las riquezas y tesoros engañan y se acaban presto, y más que gozo y dicha, dan sobresalto y desasosiego. Los honores y las honras resultan vanos y hasta peligrosos, pues son a menudo el pie de una funesta soberbia, y suelen hacer viles y ridículos, y corrompen a quienes los ostentan. Los nombres se cubren de polvo en los archivos, y los oscurece el tiempo, que termina por no dejar nada o casi nada de ellos, y hasta las reliquias de los más sonoros poco a poco se van desvaneciendo. La gloria es versátil, los que hoy nos reciben con palmas, mañana piden nuestra crucifixión. El orgullo es cosa pueril, el fausto cae, los aplausos cesan, la reputación se pierde, el dinero se gasta, el entendimiento se desmorona, el brillo se apaga, las situaciones magníficas se pudren y las arcas por llenas que estén se vacían. A la dicha siguen muy de cerca los pesares, a los gustos los peligros, a la abundancia los cuidados. En fin, que todo pasa y tiene el común término de todas las cosas. Todo lo olvidan las generaciones sucesivas, todas las cosas terrenas llegan

a extinguirse con el tiempo, y sobre todo ha de venir la muerte y el olvido de la sepultura. La Iglesia nos enseña, que todo se acaba en la muerte, la gran maestra de la vida, que advierte la vanidad, inutilidad, miseria, de los bienes de la tierra; lo falso, engañoso, transitorio, de los juicios y máximas de los mundanos.

Los que van a la medicina engañosamente inducidos por estas falsas inspiraciones, corren a su perdición. El precio que tienen las dignidades, los honores, la gloria, la fortuna, no le comunican, el verdadero mérito ha de ser siempre personal. Aquellas cualidades no dan mérito a nadie, y suelen tiranizar el corazón y la inteligencia. La ley cristiana reprueba la ambición, el fausto, la profusión. El que quiere ser médico para ganar mucho dinero, o para dominar a los demás, o para que todos le admiren y se le entreguen, sufrirá pronto una amarga decepción, pues el deseo desmedido es causa frecuente de fracasos, ya que por regla general, la ambición más es por las cosas malas, que por las cosas buenas.

Los tiempos que ahora corren en la profesión, son ásperos y crudos, y el camino largo y espinoso. La falsa brillantez de los honores, la inanidad, el vacío de tantos bienes temporales, la engañosa apariencia de muchos deleites, la nada de las grandezas humanas. Los orgullos satisfechos, las vanidades contentas, son otras tantas furias que martirizan, despedazan, los cuerpos y espíritus que aprisionan. «Son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas, que alumbran poco, y suelen descubrir no más que aquellos anchurosos caminos que guían a la perdición».

Bien sabido es, que todo en la vida terrena ha de tener un fin superior. Cierto que al seguir la vocación médica, es lícito buscar en ella cierto bienestar, claro está, que siempre dentro de la doctrina de Cristo, siendo

hombres de bien, pues Dios ha creado al hombre para la felicidad, para que si quiere pueda ser feliz aun en este valle de lágrimas. Mas el objeto primordial de la vocación, como el de todos los actos humanos, ha de ser asegurarse la suprema felicidad del cielo, que es la gran orientación de nuestra vida. Por esto, antes de emprender el camino de la medicina, es bien razonable que tratemos de penetrar en la realidad de esta ocupación, para que ella sea motivo de merecimientos que nos aseguren la vida eterna, y no causa de la perdurable condenación.

La medicina no es una carrera florida y halagüeña. A esta actividad cuyo camino no es llano y suave, sino una cuesta pina, estrecha, áspera, escabrosa, de marañas erizadas, hay que venir con legítima y bien probada inspiración, por decisiones más firmemente acontecidas, con espíritu recto y sencillo, más atentos a la carga que al honor y el lustre, para que seamos cuidadosos en lugar de hacernos inflados.

El camino recto y honesto de la medicina, está sembrado de cruces y repartido de amarguras. A la medicina hay que venir con fidelidad, con conciencia, con ley y con religión, sintiéndola dignamente y estimándola en lo que ella merece, sujetando los sentidos, dominando las pasiones, decididos a observar exactamente todas las cargas y todas las obligaciones. No se puede venir aquí, por esas engañosas ilusiones de las apariencias brillantes, que suelen dar cosechas de frutos amargos, regados por tristes lágrimas, que son fuente de reveses, disgustos, contratiempos, arrepentimientos y causa frecuente de tantos fracasos y amarguras, de tantas almas torturadas, de tantas actividades descentradas, de tantas facultades perdidas, de tantos servicios en quiebra, de tantos descontentos y desgracias, en fin.

El errar la vocación, cierra las puertas y los caminos al mejor género de bienes, y sólo la gracia de Dios, por especial privilegio, puede abrirlos nuevamente, y sólo la perseverancia es capaz de desbrozarlos. El yerro cometido en la elección de rumbo, puede acarrear consecuencias muy graves y causar estragos a veces irreparables, y es lo que hace que se vean tantos médicos inútiles, ociosos y desmañados. Infeliz de aquel que se entromete en el ministerio de la medicina sin legítima vocación. La dignidad de nuestro oficio es eminente, pero la responsabilidad no es menos formidable. El que no venga llamado con vocación legítima y castiza, no podrá con el peso de tan alta misión. Dice Benavente: «Nada más trágico que una falsa vocación; un llamamiento en vano, que al atenderle, puede ser el fracaso de una existencia. Querer y no poder, o no saber que es lo mismo». Y dice Balmes: «Un hombre dedicado a una profesión para la cual no ha nacido, es una pieza dislocada, sirve de poco, y muchas veces no hace más que sufrir y embarazar».

Todos los oficios son gratos y altísimos a los ojos de Dios. A todos los rige y sostiene su Providencia pastoral para que le sirvan. Pero cuando se abrazan sin vocación, son peligrosos para uno mismo y para todos. Precaución, pues, de las falsas vocaciones, de los derroteros engañosos, que aunque a veces puedan proporcionar algún momento de felicidad, siempre mentirosa, acaban por hacernos sentir el peso de la terrible responsabilidad de una vida descarriada. Entrar en una profesión sin vocación es meterse en muchas inquietudes con el riesgo de hundirse en muchos peligros. El error en estos asuntos, es causa de muchas calamidades y tristezas, y suele acabar desastrosamente.

El ejercicio profesional de la medicina, está lleno de trabajos, adversidades, dolores, tristezas, temores,

inquietudes, disgustos, pesadumbres; está pleno de congojosas aflicciones, de pesadas cruces, de amargos tragos. Nuestro oficio no es en realidad, ni decorativo, ni brillante. Requiere por el contrario una voluntad inquebrantable, una laboriosidad continua, una constancia heroica y una tenacidad enorme para vencer. Exige celo, desinterés y sacrificio, todo ello en grado extraordinario, en grado sumo. Son largos años de estudio y el perfeccionamiento de muchas condiciones personales. La ciencia y el arte de la medicina, requieren toda una vida de constante estudio y trabajo, pues los conocimientos y las técnicas se aumentan y perfeccionan constantemente, y jamás se sabe bastante. Y esta continua laboriosidad, descansa sobre una base de servicio y sacrificio, que se hallan muy lejos de encontrarse en otras actividades, y que siempre fueron consigna, santo y seña nuestros. Servicio y sacrificio, trabajo y caridad, moral rígida y severa, tales son los pilares en que se asienta el arte y la ciencia de curar; no hay más vocación médica que ésta, cualquiera otra es falsa o engañosa.

Toda actividad médica es esfuerzo, y por tanto dolor; dolor más o menos brillante, pero dolor al fin; dolor en todas sus clases, en todas sus formas, en todos sus grados; dolor continuo, hondo, callado. La profesión médica es lucha diaria, tarea áspera, faena constante, quehacer perpetuo, sin esperanza de paz ni aun de tregua, en dura pelea contra la pesadez del cuerpo y la fatiga del espíritu. La vida inmortificada y regalada en nuestra carrera es casi una especie de apostasía. A la medicina hay que venir con desinterés, no por interés. En este oficio jamás se merece el descanso; la carrera de médico no tiene fin, y no se acaba sino con la vida; las penalidades se alcanzan y se empujan unas a otras y a menudo nunca cesan; cada remate no es más que el punto de partida de nuevos

trabajos, y el premio de la tarea cumplida, no es otro que la capacidad hallada para cumplir otra tarea mayor. El que venga a la medicina ha de mirar que ha tomado sobre sí una gran carga.

Ser médico, en fin, son penosos deberes que asumir, amargos bocados que digerir, muchos desaires que devorar, fuertes estorbos que vencer, violentas pasiones que domar, duros sacrificios que consumir, grandes renunciaciones que realizar, enormes dolores que superar, pesadas cargas que soportar, tristes humillaciones que sufrir. Pero sobre todo ser médico son muchas inclinaciones que vencer, muchas faltas que expiar, muchas responsabilidades que afrontar, muchas virtudes que practicar, muchas precauciones y cuidados que seguir.

A la medicina, si se quiere encontrar en ella seguridad y salvación, contentamiento y alegría, hay que entrar por la puerta grande de la verdadera vocación. Si se entra furtivamente, si se salta por otra parte, si se entra forzando la puerta, se es como un ladrón, un intruso en el oficio que lo corrompe y echa a perder. Cuando se llega a la medicina por la ambición bastarda, por inconfesables intereses, o por otros bajos motivos, no se medra con Dios, sólo hay que esperar una suerte infeliz. Por tanto, no pongamos nuestros corazones en las riquezas y vanidades del mundo, pues el patrimonio y la herencia de los cristianos son la gloria y las riquezas del cielo.

* * *

Todo lo que llevamos dicho, demuestra que la elección de esta forma de vida, no ha de hacerse a la ligera, inconsideradamente. El acontecimiento de esta decisión, aunque breve, despreciable casi por su duración, es de vital trascendencia y quizá uno de los más considerables en

la vida del hombre. Todas las consideraciones que anteceden, se dirigen principalmente a las familias de los jóvenes que van a terminar la segunda enseñanza, y a los mismos bachilleres que están en el momento particularmente importante, de trazar su vocación, sus aptitudes, su camino, de elegir una profesión. Las perspectivas que ante éstos abre la medicina, son tan numerosas y ofrecen tantos elementos de juicio, que hacen infinitamente compleja la decisión por tomar. Resultan, pues, perfectamente comprensibles las perplejidades y preocupaciones ante tal coyuntura.

Los que están particularmente interesados por el porvenir de los gustos y aficiones de la juventud; quienes están obligados a conducir el espíritu de los bachilleres por el intrincado laberinto de las profesiones, para que al empezar a andar no se pierdan por esos caminos, y enderecen sus pasos con tino, deben organizar cursillos y conferencias de orientación y vocación profesional sobre los quehaceres que le son más adecuados, solicitando el concurso de hombres competentes, verdaderos especialistas, tanto por su valor profesional, como por los éxitos que hayan coronado sus carreras respectivas, y cuyas orientaciones e informes, sinceros y precisos, guiarán las tendencias personales e iluminarán el consejo de las familias.

La elección de carrera ha de ser honesta, se ha de hacer libremente, con entendimiento y voluntad, después de haber sopesado todos los factores y circunstancias exteriores e interiores. La profesión es el trabajo definido que para cada hombre ha trazado Dios. Es Dios quien la marca; pero la marca mediante un complejo de circunstancias físicas, psicológicas, económicas, que son también creadas por Él. De ahí, que no se deba abrazar ninguna carrera inconsideradamente. Siempre es menester

consultar la vocación con el Todopoderoso, y examinar las propias cualidades y posibilidades, y estudiar los atractivos y ventajas, y prever las dificultades, comprender las obligaciones, no ignorar las cargas y trabajos de cada una de las carreras hacia las que se sienta vocación.

En este trance, que los interesados, temerosos de sus propias luces supliquen a Dios las suyas para distinguir la verdadera vocación de la falsa. Que sean solícitos de averiguar el verdadero camino por donde quiere Dios que les sigan, pidiéndole fervorosamente se digne manifestar su voluntad para ponerla luego en obra, fiando la elección a la de Dios, guiándose por su gracia, pidiendo su lumbre, pues Él es camino, verdad y vida. Y para esto es muy bueno hacer ejercicios espirituales, los cuales nos enseñarán a saber oír las voces y clamores de la sabiduría eterna y nos darán la gracia y la virtud para conocer verdaderamente la voluntad de Dios, que es necesaria para todos los empleos. No seguir la dirección que nos marca la divina providencia, es una desobediencia de Dios. Sólo cuando con íntima resolución, se decide uno a ir a donde Dios le llama, a elegir la voluntad de Dios, a ejecutar lo que Dios le inspira siguiendo su llamamiento, obedeciendo sus inspiraciones, yendo por el rumbo que nos marca, sólo entonces se permanece estable y fijo en la profesión a la que se ha sido llamado, y se llena el corazón de paz, tranquilidad y gozo increíbles, y se goza de libertad y sosiego, y se tiene Cielo en la tierra, en una especie de anticipación, de noviciado, para la gloria del Cielo.

Antes de decidirse por cualquier profesión, que el interesado desconfíe de su propio juicio, que consulte con el Señor, que se ponga en sus manos, suplicándole alumbre su entendimiento para conocer el estado a que se le designa y obedecer las divinas inspiraciones.

«Mostradme, Señor, tus sendas y tus caminos, que de hoy en más no quiero seguir otros» (Salmo, 24). Sí, acudamos a Dios, llamémosle de lo íntimo de nuestro corazón para que nos ayude, y pidámosle que brote nuestra vocación con el riego de su gracia. Pidamos a Dios, nos muestre el camino cierto por donde se va al conocimiento de las verdaderas aptitudes. Pidamos a Dios, nos dé clara y esencial visión de sus designios, y nos diga si es en el campo de la medicina donde quiere que le sirvamos, si es el papel de médico el que nos ha encargado representar en este mundo. Supliquémosle sea nuestro conductor en tal trance, pues sólo se camina con seguridad cuando es Él quien nos guía. Y pidámoselo con corazón puro y rectas intenciones, para que así sea también puro y recto nuestro caminar por las sendas de la medicina. De esta manera, ratificada por Dios nuestra decisión, revestirá el carácter de un especial llamamiento, el cual irá redundando gloria.

En este momento supremo, lo mejor es retirarse por espacio de unos días de todas las actividades profanas, haciendo con la mayor devoción y con los mejores propósitos los Ejercicios Ignacianos, que precisamente tienen una de sus principales indicaciones en estas grandes crisis del espíritu en que se ventila la vocación. Y ya con esta luz, con esta gracia, indaguemos con seriedad y rigor la inclinación, previendo las dificultades, comprendiendo las obligaciones, considerando las cargas y los trabajos, y de seguro que Dios certificará de alguna manera cuál es la ocupación que nos tiene elegida, que sentiremos los aldabonazos del oficio que se nos tiene designado. El Espíritu Santo nos iluminará, y oiremos clara la voz de Dios que señala el camino que tenemos que seguir. Probada así nuestra disposición, sigamos los impulsos providenciales, y empecemos el camino señalado; que cuando Dios da la vocación da también los dones

necesarios para desempeñarla. Hagamos, pues, lo que Dios nos manda, con prontitud y devoción, y sobre todo con obra, voluntad y entendimiento, que constituyen la suma de la santa obediencia.

El que así guiado venga a la medicina, podrá exclamar: «Dios que regula todos los acontecimientos humanos, me ha señalado este puesto en la sociedad; por su voluntad y en virtud de su delegación me veo aquí trabajando, y lo que yo haga redundará en sus servicios» (Rademacher). Quien así piensa, permanece valeroso en la ocupación a que ha sido llamado, porque en los trabajos del mundo encuentra favores del cielo, y porque las pesadas cargas, las hace livianas y suaves el socorro y la ayuda de la gracia, de suerte, que los trabajos del oficio no son trabajos y su yugo no es yugo, y su carga no es carga, y las contrariedades no lo son, y no hay dificultades ni obstáculos ni desmayos.